

DOMINGO I DE ADVIENTO

Queridos hermanos y hermanas:

Con este primer domingo de Adviento iniciamos un nuevo año litúrgico, un nuevo itinerario espiritual que la Iglesia nos propone para renovar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. El Adviento es un tiempo profundamente teológico y pastoral: tiempo de espera, de vigilancia, de esperanza, de conversión.

No es simplemente la antesala de la Navidad, sino una verdadera escuela del espíritu, donde aprendemos a esperar a Dios que viene —que vino, que viene, y que vendrá—. El término Adviento significa venida, presencia, espera activa. La Iglesia nos enseña que en este tiempo celebramos tres venidas del Señor: Su primera venida en la humildad de nuestra carne, en Belén; Su venida cotidiana, en la gracia y en los sacramentos; y su venida gloriosa al final de los tiempos. Cada Adviento, pues, es un nuevo llamado a despertar y a disponernos a acoger al Señor que viene.

El profeta Isaías abre este tiempo litúrgico con una visión de esperanza universal: “Al final de los días, el monte de la casa del Señor estará firme en la cima de los montes... hacia él confluirán todas las naciones.” Isaías nos presenta el sueño de Dios para la humanidad: un mundo reconciliado, donde los pueblos ya no se adiestran para la guerra, sino que caminan juntos en la paz del Señor.

Pero ese mundo nuevo no surge por generación espontánea; es fruto de una conversión profunda, de una docilidad interior al querer divino: “Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas.” Aquí resuena la llamada más esencial del Adviento: caminar a la luz del Señor. No basta con desear un mundo mejor; hay que ponerse en marcha, dejarse guiar por la Palabra.

Y nosotros, ¿caminamos realmente a la luz del Señor? ¿O seguimos muchas veces las sombras del egoísmo, de la rutina, del pecado? Isaías nos invita hoy a una peregrinación interior, a subir al monte del Señor, que es la comunión con Él. El Adviento es ese ascenso espiritual hacia la plenitud de la luz.



El Evangelio nos presenta el rostro más exigente del Adviento: el de la vigilancia. Jesús nos advierte: "Estén en vela, porque no saben qué día vendrá su Señor." Y nos pone ejemplos que invitan a la reflexión: el diluvio en tiempos de Noé, el ladrón que llega en la noche... Los contemporáneos de Noé —nos dice Jesús— comían, bebían, se casaban, vivían distraídos, sin sospechar nada, hasta que vino el diluvio y los arrasó a todos.

No es que el Señor condene las actividades humanas; condena la indiferencia, la inconsciencia espiritual. El pecado de aquella generación no fue la maldad, sino la indiferencia. ¡Qué palabra tan actual! Vivimos en una sociedad adormecida por el ruido, por la prisa, por el consumo, donde el Adviento corre el riesgo de reducirse a un tiempo de compras y luces artificiales, mientras el corazón permanece oscuro y vacío.

El Señor nos dice hoy: "Estén despiertos". No se trata de vivir angustiados por el fin del mundo, sino en una vigilancia amorosa, propia del que ama. La vigilancia cristiana no nace del miedo, sino del amor expectante. El que ama, vela; el que espera, se prepara. Por eso, el Adviento no es tiempo de miedo, sino de esperanza activa. No esperamos un acontecimiento, sino una Persona: Jesucristo, el Señor que viene a salvarnos.

San Pablo, en su carta a los Romanos, nos lanza una exhortación vigorosa: "Ya es hora de despertar del sueño, porque la salvación está más cerca que cuando empezamos a creer." Es una llamada al despertar espiritual. ¡Cuántas veces vivimos dormidos! Dormidos en la tibieza, en la rutina, en la mediocridad... Dormidos ante la presencia de Dios en nuestra vida.

El Apóstol nos dice con fuerza: "La noche está avanzada, el día se echa encima. Dejemos las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz." El Adviento, entonces, es un llamado a la conversión. No podemos preparar la venida del Señor si no purificamos nuestro corazón. Revestirse con las armas de la luz significa vivir en gracia, abrirse a la oración, al perdón, a la caridad.



¡Qué hermoso sería que este Adviento nos encontrara reconciliados, limpios, esperanzados! Que el Señor nos halle no dormidos, sino despiertos y dispuestos a recibirlo con alegría.

Si unimos los tres textos de hoy, encontramos una profunda unidad: Isaías nos invita a caminar; Pablo nos exhorta a despertar; Jesús nos manda velar. Tres verbos, tres actitudes, una sola llamada: vivir de cara a Dios. Caminar a la luz, despertar del sueño y velar con esperanza: eso es el Adviento. Es el tiempo de los que no se resignan, de los que no duermen en la noche del pecado, de los que saben que el amanecer está cerca.

El Adviento nos enseña a mirar la historia con fe. No con fatalismo, sino con esperanza. Porque, como dice San Pablo, “la salvación está cerca”. Cristo viene continuamente a nuestro encuentro: en su Palabra, en la Eucaristía, en el hermano necesitado, en los acontecimientos de la vida.

El Adviento no es solo una estación litúrgica; es un estilo de vida. Es el corazón siempre en vela, la lámpara siempre encendida, la fe siempre despierta. El Señor viene. No sabemos cuándo, pero sabemos que viene. Y no viene para asustarnos, sino para salvarnos. No viene como un ladrón para quitarnos nada, sino como Esposo para colmarnos con su amor.

Por eso, que este Adviento sea para nosotros un tiempo de gracia: un tiempo para caminar más cerca del Señor, para despertar del letargo del alma, y para velar con esperanza, sabiendo que “el día del Señor está cerca”.

Al comenzar este nuevo año litúrgico, pidamos a María, la Virgen del Adviento, que nos enseñe a esperar con amor y a preparar con alegría el corazón para su Hijo. Que ella, la mujer de la espera y de la fe, nos ayude a decir con todo el corazón: “Ven, Señor Jesús.”

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**